

## La Iglesia Católica en el siglo XXI: una Iglesia de misión

George Weigel

Ethics and Public Policy Center, Washington

A unos pocos años del pontificado de Benedicto XVI ya se sabía un hecho importante: el próximo Papa, quienquiera que sea, donde sea que haya nacido o cualesquiera sean las posiciones que haya sostenido, no será un hombre que haya participado del Concilio Vaticano II.

A diferencia del beato Juan Pablo II, quien tuvo un rol muy importante a la hora de realizar los borradores de varios de los documentos del Concilio, y a diferencia de Benedicto XVI, quien fue un asesor teológico clave en dicho concilio; el próximo Obispo de Roma no habrá estado presente en el evento católico más importante desde el Concilio de Trento, en el siglo XVI. Y es más: si Benedicto XVI llegara a vivir la misma cantidad de años que vivió el fundador del Papado actual –León XIII, quien murió a los 93 años en 1903– su sucesor podría no haber nacido o podría haber estado en la escuela primaria cuando se reunió el Concilio Vaticano II, desde 1962 hasta 1965. La vida eclesial del próximo Papa habrá ocurrido por completo en la turbulencia post-conciliar de la Iglesia Católica. Y, a diferencia de sus dos inmediatos antecesores, el sucesor de San Pedro nº 265 no habrá compartido la experiencia del Vaticano II, que fue tan decisiva para ambos Papas.

Cuando Benedicto XVI fue elegido en el 2005, con 78 años, se dijo que era un Papa de transición, como también se dijo sobre Juan XXIII, que fue electo en 1958 con 77 años. En ambos casos la predicción resultó ser cierta, aunque no precisamente en la manera en que se lo imaginaron quienes la enunciaron. Es que ninguno se convirtió en el procurador que las predicciones anunciaban: fueron “de transición” de una forma completamente diferente.

Cuando Juan XXIII convocó al Concilio Vaticano II intentó crear las condiciones eclesiales para un Nuevo Pentecostés que le permitiera a la Iglesia entrar en el tercer milenio con energías renovadas, para poder dialogar con el mundo moderno acerca del futuro de la humanidad. Cuando el concilio lo logró, produjo también una crisis de la identidad católica que se convirtió en un calvario para su sucesor, Pablo VI. Para cuando el Papa Pablo VI murió el 6 de agosto de 1978, tanto la Iglesia como el Papado estaban exhaustos y desanimados.

Luego, después del breve “Papado de septiembre” de Juan Pablo I, fue el turno del Papa polaco, Juan Pablo II, quien en su primera misa pública como Obispo de Roma le devolvió el corazón y el coraje a la Iglesia Católica cuando pidió audazmente que “abrieran las puertas a Cristo”. Durante veintiséis años y medio Juan Pablo II, con la ayuda del Cardenal Ratzinger como principal asesor teológico, hizo lo que parecía imposible en 1978: dio una interpretación autorizada del Concilio, guió a la Iglesia a esa especie de Nuevo Pentecostés que había imaginado Juan XXIII, durante la experiencia del Gran Jubileo del 2000, y afianzó a la Iglesia al señalar con firmeza y confianza en el futuro, al declarar que la gran estrategia para el siglo XXI y el tercer milenio sería la “Nueva evangelización”. Benedicto XVI siguió esa misma estrategia y su pontificado es

una dinámica continuada del de su predecesor, a quien la historia recordará como el Papa San Juan Pablo, el Grande.

Se suele pensar que la turbulencia de la vida católica post-Concilio Vaticano II fue causada por una guerra civil eclesial entre “progresistas” y “conservadores” (o “tradicionalistas”), una taxonomía que se fijó en la mente de la gente (aún de los católicos) durante el concilio y que ha sido muy difícil de desplazar. Pero debe ser desplazada, ya que el filtro progresista/conservador oscurece antes que ilumina la lectura de la vida católica desde el Vaticano II. Y lo que más oscuro está es la verdad profunda de lo que ha estado en proceso en la Iglesia desde el 20 de febrero de 1878, cuando el Cardenal Vincenzo Gioacchino Pecci fue electo Obispo de Roma y tomó el nombre de León XIII. Esa fecha, y no la apertura del Concilio Vaticano II el 11 de octubre de 1962, es la fecha del inicio del siglo XXI para la Iglesia. Allí León XIII puso en marcha una profunda transformación del catolicismo, en la cual la Iglesia comenzó a cambiar lentamente de un modelo catequístico devocional, que fue dominante desde la Contrarreforma del siglo XVI, a un nuevo modelo que puede ser descrito como un catolicismo centrado en la misión.<sup>1</sup>

Más de un siglo y cuarto después de que León XIII comenzara la transformación, ésta aún no se encuentra completa. Es más, para poder completarla es necesaria la reforma profunda de la Iglesia Católica. Esa reforma reflejará una idea radicalmente cambiada del discipulado cristiano y de la tarea de la Iglesia, una idea de discipulado y misión que sintetiza el crecimiento de la autocomprensión de la Iglesia, desde León XIII a Benedicto XVI. También tiene que sacar a la Iglesia de la oscuridad del estancamiento del mantenimiento institucional. A su vez, señalar el camino del catolicismo hacia lo que Juan Pablo II llamó “la profundidad” del nuevo milenio.

Con Benedicto XVI, entonces, la Iglesia Católica se encuentra concluyendo una etapa. Pero ese final que está tan cerca trae consigo la semilla fértil del futuro. Un futuro en el que la profunda reforma católica –una reforma constituida a través de las piedras fundacionales mellizas de la Palabra y de los sacramentos–, permitirá que la Iglesia responda con renovada energía al llamado del Maestro: “Por lo tanto, vayan y hagan discípulos de todas las naciones, bautizándolos en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo...” [Mateo 28, 19].

## El fin de la Contrarreforma

Cuando el Papa Pío IX murió en 1878, muchos de los Sabios de Europa imaginaron que el Papado, y por extensión la Iglesia Católica, dejaría de ser una fuerza en los asuntos humanos. Habiendo perdido los estados vaticanos, el Papa sería el “prisionero del Vaticano”. La pujante clase trabajadora de la Europa industrializada estaba dejando de ser parte de la Iglesia y la alta cultura europea se estaba secularizando, es más, se estaba volviendo hostil a la religión bíblica. Y, si bien Pío IX fue el primer Papa que se convirtió en figura de adoración popular, aún le pesa a la Iglesia la imagen del Pío “No-no”, el Papa que le dijo un contundente “No” a sus tiempos, cuando su *Syllabus*

---

<sup>1</sup> En un próximo libro, llamaré a este catolicismo del siglo XXI “*catolicismo evangélico*”. Pero a fin de evitar confusiones terminológicas y acerca de la controversia de los desafíos en Latinoamérica de otras comunidades cristianas, adopté la frase *Catolicismo centrado en la misión*.

*Errorum*, de 1864, condenó la noción de que “el pontífice romano puede y debe reconciliarse con el progreso, con el liberalismo y con la civilización moderna”. Luego de la muerte de Pío IX las interferencias generales no contribuyeron al pensamiento de que la Iglesia podía recuperarse de la caída que había sufrido desde que la Revolución Francesa –y sus vástagos culturales y políticos– habían hecho caer a los viejos regímenes europeos, demoliendo las ideas tradicionales de autoridad y cortando el lazo Iglesia–Estado que había definido aspectos cruciales de la vida católica desde el emperador romano Constantino.

Los cardenales que se reunieron para elegir al sucesor de Pío no sabían ni siquiera si iban a poder hacerlo de modo seguro en Roma, dadas las pasiones anticlericales que habían dado forma al *Risorgimento* y a la unificación de Italia. El Cardenal Henry Edward Manning, de Inglaterra, sugirió trasladar el cónclave de 1878 a Malta, para que pudiera realizarse bajo la protección armada de la Marina Real. Finalmente, los cardenales decidieron quedarse en Roma, pero seguramente pensaron que estaban eligiendo un mero sustituto cuando eligieron a Vincenzo Gioacchino Pecci, con sesenta y ocho años, como Papa. En cambio, lo que hicieron fue iniciar el fin del Catolicismo de la Contrarreforma, en un proceso que duró hasta el siglo XXI.

El Papa León XIII tuvo el tercer Papado de mayor duración de la historia y durante el mismo, que duró más de un cuarto de siglo, estableció, de modo callado, firme y obstinado, las condiciones para un nuevo compromiso católico con la vida cultural, política, económica y social moderna. Reformó el pensamiento filosófico y teológico de la Iglesia al ordenar una lectura minuciosa de los textos originales de Santo Tomás de Aquino, para tomarlos como base para construir el compromiso distintivo intelectual católico con la modernidad. Fue el padre de los estudios modernos de la Biblia, que consideraba necesarios para cumplir el desafío puesto por el método histórico revisionista de lectura de libros antiguos mientras se aprende lo que se puede aprender de este método. Promovió una erudición histórica real, en un esfuerzo por determinar qué era verdaderamente duradero y constitutivo y qué era pasajero en la vida de la Iglesia. Escribió sobre el pensamiento de hombres como el alemán Wilhelm Emmanuel von Ketteler y el británico Manning para forjar un nuevo encuentro católico con la vida política y económica moderna, presentando la doctrina social católica moderna en la encíclica de 1891, *Rerum Novarum*. El mismo título de la encíclica, que habla de las “nuevas cosas” de la modernidad, sugiere que el rechazo anti moderno de Pío IX (que León entendió como el producto de las circunstancias únicas de Pío y de su personalidad) fue enterrado silenciosamente. Su aprobación tácita de los nuevos arreglos constitucionales sobre Iglesia y Estado en los Estados Unidos comenzó el proceso mediante el cual la Iglesia Católica, en el Vaticano II, incluirá la libertad religiosa como un derecho humano fundamental. Eso creó la plataforma desde la cual el hombre que superó el record de la longevidad Papal de León, Juan Pablo II, cambiaría la historia del siglo XX.

La tumba de León en la basílica romana de San Juan de Letrán capta de modo muy claro su logro épico, que frecuentemente se menosprecia. La imagen de mármol del difunto pontífice no está recostada. Por el contrario, la estatua muestra al Papa parado, con el brazo derecho extendido y un pie hacia adelante, como si invitara al mundo a una conversación seria sobre las posibilidades de la humanidad, como si guiara a la Iglesia del pasado en un futuro nuevo, confidente, centrado en el Evangelio y misionero.

Si vemos al mundo a través de los lentes leonianos, las cinco décadas de la historia católica desde el Vaticano II se ven mucho más claras que cuando se las ven a través del prisma progresista/conservador con el cual se veía durante el análisis concreto del Concilio. Es cierto que durante los cincuenta y nueve años que pasaron entre la muerte de León en 1903 y el inicio del Vaticano II en 1962, muchas fuerzas se enfrentaron con la Iglesia sobre el camino futuro. Algunas de esas fuerzas pretendían apuntalar las murallas del Catolicismo de la Contrarreforma que se derrumbaban; mientras que otras fueron más comprensivos y confiaron en la renovación de León. Pero si uno entiende cuántas de las enseñanzas del Vaticano II fueron posibles por todo el trabajo previo de León XIII, se hace posible ver lo que sucedió en el Concilio Vaticano II y en los años posteriores con una profundidad mayor que la de la superficie en la que el Concilio y las batallas posconciliares para su implementación aparecen como luchas políticas entre “conservadores” y “progresistas” por el poder eclesiástico.

Si León XIII, el último Papa del siglo XIX y el primer Papa del siglo XX, es el verdadero punto de partida para entender las corrientes profundas que estaban en el catolicismo a fines del siglo XX y principios del siglo XXI, entonces el Vaticano II y lo que sucedió después puede ser propiamente entendido, y en profundidad. El Vaticano II trajo a un momento dramático el proceso dinámico que las reformas de León habían puesto en marcha: el proceso de mover al catolicismo más allá de la Contrarreforma. Los pontificados de Juan Pablo II y de Benedicto XVI dieron una interpretación autorizada del Vaticano II cuando trataron al concilio como una reforma de recuperación, renovación y desarrollo, en la que elementos perdidos de la vida eclesial que habían sido olvidados o marginados durante la Contrarreforma fueron recuperados y convertidos en instrumentos de renovación evangélica. El marco interpretativo creado por la enseñanza de Juan Pablo II y de Benedicto XVI, puso fin efectivamente, a su vez, a dos lecturas inadecuadas del Concilio Vaticano II: la idea del Concilio *como ruptura con el pasado* (típicamente promovida desde el campo "progresista") y la idea del Concilio como *terriblemente equivocada concesión a la modernidad* (el tropo preferido por los "tradicionalistas"). Estaba pasando algo *más*, de mayor profundidad, algo más de lo que estos análisis esencialmente políticos podían percibir.

Para recalcar, ese *algo* fue el final del Catolicismo de la Contrarreforma y el nacimiento del catolicismo centrado en la misión.

La Iglesia de la Contrarreforma, que buscaba preservar la vida de la Iglesia a través de los mecanismos de la instrucción catequística simple y directa y de la piedad devocional, pudo haber sido una necesidad en los siglos que pasaron entre la fractura de la cristiandad occidental, a mediados del siglo XVI, y el triunfo cultural de la modernidad en el siglo XIX. El Catolicismo de la Contrarreforma dio a luz a una innumerable cantidad de santos, mientras se reformaban el sacerdocio y la vida consagrada. Fue la forma de catolicismo que evangelizó el Nuevo Mundo y que envió a los grandes misioneros como Francisco Javier a la India, al Japón y a China, y a Pedro Chanel a Oceanía. Fue la forma de catolicismo que restauró, en cierta medida, la vida católica en Gran Bretaña, que sobrevivió a la Revolución Francesa, que se mantuvo firme ante el *Kulturkampf* anticatólico de Bismarck, y que sobrevivió también a la violenta persecución anticlerical en Méjico. Fue la forma de catolicismo que, bajo condiciones sin precedentes de libertad religiosa, plantó firmemente a la Iglesia en el nuevo Estados Unidos, contra la oposición tanto de los protestantes intolerantes como de los escépticos deístas. Fue la forma de catolicismo en la que se aceleró una devoción

rica y popular a la Santísima Virgen María. Y fue, principalmente, el catolicismo que resistió la peor persecución de la Iglesia en la historia, bajo el comunismo.

Pero no fue la forma del catolicismo que pudo cumplir exitosamente con el desafío de la modernidad, la respuesta que requería de los católicos más que (por nombrar sólo dos puntos de referencia) memorizar el catecismo y llevar colgando la Medalla Milagrosa. John Henry Newman lo supo a mediados del siglo XIX en Gran Bretaña; como también supo que la respuesta al desafío de la modernidad no iba a ser encontrada en lo que él desestimaba como “liberalismo” en la religión, la religión como mero sentimiento. León XIII sabía esto de sus días como nuncio en Bélgica y como obispo diocesano en Perugia. Como obispo de Roma, comenzó el proceso por el que el Catolicismo de la Contrarreforma sería reemplazado.

La contrarreforma católica creó culturas católicas (o microculturas) que transmitieron la fe por medio de una especie de ósmosis espiritual. Pero cuando los ácidos de la modernidad atacaron a esas culturas católicas con todas sus fuerzas –a menudo durante la turbulencia de los ‘60–, esas microculturas católicas sucumbieron. En los Estados Unidos, Québec, Irlanda, España, Portugal, Holanda, Bavaria, Francia y a lo largo de todo el mundo católico occidental. Estaban surgiendo al mismo tiempo algunas pistas sobre lo que puede ser necesario como alternativa del modelo de la Contrarreforma: un catolicismo profundamente bíblico y sacramental tuvo un enorme crecimiento en África. La alternativa al Catolicismo de la Contrarreforma aún aguarda ser descrita por completo por la Iglesia en Occidente, donde el modelo de la Contrarreforma corrió y se extinguió dramáticamente; y por determinadas razones culturales que ahora aparecen claras.

Peter L. Berger, en sus memorias intelectuales publicadas en 2011 tituladas *Aventuras de un sociólogo accidental*, destila toda una vida de reflexión sobre la relación entre la religión y la modernidad en estos términos: la modernidad destruye las culturas tradicionales a través de un proceso de pluralización. Bajo las condiciones de la modernidad (la urbanización, los mercados, la educación masiva, la política posterior al *ancien régime*, las ciencias naturales como la metáfora dominante para el conocimiento), surgen inevitablemente las explicaciones de la competencia entre el mundo y la perspectiva humana. O, como Berger escribe: “la modernidad (...) relativiza todas las cosmovisiones y los sistemas de valores, incluidos los religiosos. Esta relativización es intrínseca a la modernidad, casi imposible de evitar. Presenta un desafío profundo a todas las tradiciones religiosas y a sus reclamos de verdad”. En las condiciones de la modernidad, la certeza religiosa no es –ni puede ser– transmitida por ósmosis por la cultura ambiental (o micro-cultura). La fe religiosa y el compromiso con una comunidad religiosa ya no puede ser algo que se da por sentado.

El catolicismo “progresista” acepta esta relativización de la verdad religiosa y ve al catolicismo como una posible historia –una posible verdad– en un mundo plural de verdades y “narraciones”, ninguna de las cuales puede reclamar el manto de la seguridad.

El catolicismo “tradicionalista” imagina que la modernidad se puede revertir y que las viejas certezas transmitidas culturalmente pueden ser restauradas. Pero lo que Hegel llamaba “tabla de historia del carnicero” ha determinado que esta última opción no es verdaderamente una opción. Al mismo tiempo, la infertilidad del catolicismo “progresista” –su incapacidad para transmitir la fe a las generaciones venideras, lo cual tiene mucho que ver con su baja de las reclamaciones verdades católicas o doctrinas– ha

sido ampliamente demostrado a lo largo del desierto religioso de Europa occidental, la parte del mundo en que la Iglesia adoptó el proyecto "progresista" con mayor entusiasmo. La historia, que no argumento, ha puesto de manifiesto la imposibilidad del catolicismo "progresista" de dar poder a la Iglesia para su misión en el tercer milenio.

El catolicismo "tradicionalista" es también un modelo no plausible, imposible, para vivir el catolicismo, porque niega la realidad de las condiciones en las que el Evangelio debe ser proclamado en el siglo XXI; y, por lo tanto, se vuelve evangélicamente estéril, haciendo sonar la retirada hacia los búnkeres y catacumbas en lugar de convocar al testimonio y a la misión. La variante de protestantismo liberal que es el catolicismo "progresista" no tiene tracción demográfica en la Iglesia universal (a pesar de que se sustenta en la academia de América del Norte y Europa por el sistema de tenencia), ni tampoco el catolicismo "tradicionalista", en especial la variante cismática, que es el movimiento fundado por el fallecido arzobispo francés Marcel Lefebvre. Ambas opciones resultan ser, en un examen más detallado, variantes del mismo catolicismo de la Contrarreforma, basados en normas, catequético y devocional: un bando quiere endurecer las normas, las respuestas del catecismo y las devociones; mientras que el otro quiere para aflojar los tornillos en el nombre de la apertura o la compasión. Ambos permanecen atrapados, como los fósiles en ámbar, en el modelo de Contrarreforma.

Su muerte, en las primeras décadas del siglo XXI, es otra señal que apunta hacia el surgimiento del catolicismo centrado en la misión.

### **Pentecostés, otra vez**

El beato Juan XXIII quería que el Concilio Vaticano II fuera un nuevo Pentecostés. El beato Juan Pablo II quería que el Gran Jubileo del año 2000 fuera una experiencia pentecostal del Espíritu Santo para la Iglesia del mundo entero, potenciando el catolicismo para una "nueva evangelización" en el tercer milenio. Sin embargo, querer un nuevo Pentecostés, no es querer algo fácil. Querer un nuevo Pentecostés, es jugar con fuego.

Joseph Ratzinger escribió una vez en una meditación sobre la Solemnidad de Pentecostés, la celebración anual de la primera efusión del Espíritu Santo a menudo descrito como el nacimiento de la Iglesia, que "el Espíritu Santo es el fuego, y el que no quiere quemarse no debe acercarse a Él. Ratzinger sigue y recuerda un dicho no bíblico de Jesús, que fue transmitido por el teólogo alejandrino del Siglo III, Orígenes: "El que está cerca mío", dice Jesús en el relato de Orígenes," está cerca del fuego"— una máxima dominical que se asemeja mucho a Lucas 12,49: "He venido a traer fuego a la tierra y ¡cuánto desearía que ya estuviera encendido!" "Este fuego", continúa Ratzinger, "es una parte inimitable de la relación entre Cristo, el Espíritu Santo, y la Iglesia."

Escribe Ratzinger: "Esa relación y su conexión con la misión está muy bien expresada en un comentario de san Juan Crisóstomo (c. 349–407), conocido patriarca de Constantinopla, sobre el pasaje de los Hechos de los Apóstoles en el que las personas excitables de Listra imaginaban que Pablo y Bernabé eran encarnaciones de los dioses griegos Zeus y Hermes. La aclamación popular como deidades aturdió a los dos apóstoles, que rápidamente respondieron: "Nosotros también somos hombres, de la misma naturaleza que vosotros, y les traemos una buena noticia" [cf. Hechos 14,8–18]. Crisóstomo, al explicar este texto, dice: Sí, en realidad eran seres humanos como los hombres y mujeres frenéticos de Listra, pero eran algo más, algo diferente, porque

habían sido tocados por el fuego – y ahora hablaban de una forma purificada y poderosa porque habían sido tocados por las lenguas de fuego que vinieron a la Iglesia a través de la efusión del Espíritu Santo en Pentecostés.

El fuego del Espíritu Santo purifica, inspira y une a los hombres y mujeres juntos en una nueva comunidad humana, la Iglesia. A través de cada uno de sus miembros, y en ellos como un todo, la Iglesia es el Cuerpo de Cristo en la tierra. Pablo, Bernabé, y todos los que han sido verdaderamente convertidos a Cristo, y que en esa amistad con Cristo y la extensión de la posibilidad de la amistad con Cristo a los demás se ha convertido en la dinámica básica de su vida – se han convertido en algo distinto. Los cristianos radicalmente convertidos se han transformado en hombres y mujeres marcados por las lenguas de fuego, animados por el Espíritu, cuya permanente presencia reconocen en la celebración de la liturgia, por su oración común, el intercambio de la paz de Cristo, la recepción frecuente del Cuerpo y Sangre del Señor.

Concluyendo su meditación sobre Pentecostés, Joseph Ratzinger admitió que uno se debe preguntar de muchos cristianos de hoy ¿Dónde está la lengua de fuego?" y luego lanza un desafío que captura el drama del catolicismo centrado en la misión.

La fe es una lengua de fuego que nos quema y se funde con nosotros para que cada vez sea más cierto: "ya no soy yo"... Cuando nos rendimos al fuego del Espíritu Santo ser cristianos se vuelve cómodo sólo a primera vista... Sólo cuando no tememos a la lengua de fuego y a la tormenta que trae consigo es cuando la Iglesia se convierte en el icono del Espíritu Santo. Y sólo entonces Él abre el mundo a la luz de Dios.

Como sugieren estas reflexiones sobre Pentecostés, no hay nada fácil, sencillo, ni cómodo en el catolicismo centrado en la misión. El catolicismo cultural del pasado era "cómodo", porque encajaba perfectamente dentro de la cultura pública, causando pequeños roces entre la vida de uno "en la Iglesia" y la vida de uno "en el mundo". El catolicismo centrado en la misión, por el contrario, es una contra-cultura que busca convertir a la cultura pública proclamando ciertas verdades, adorando en espíritu y en verdad, y modelando una forma más humana de la vida. El catolicismo centrado en la misión no busca "llevarse bien," sino convertir.

Sin duda, esto es difícil. El Catolicismo de la Contrarreforma no fue fácil y la inquietud permanente del corazón humano y los disturbios antiguos de las pasiones humanas todavía tenían que ser calmados. Pero en un mundo pre-moderno, donde la autoridad era una cosa que se daba por sentado, que la autoridad religiosa de la Iglesia disciplinara a la desobediencia humana, también se daba por sentado. En la terminología sociológica de Peter Berger, fue una indiscutible "estructura de plausibilidad" para ordenar la vida de uno, y la adhesión que fue típicamente absorbida por la cultura pública. Por lo menos, la adhesión a este modo de vida no fue atacada frontalmente por la cultura pública.

Este ya no es el caso en el mundo desarrollado del <sup>Siglo</sup> XXI. Los católicos ya no pueden caminar por las calles de las principales zonas comerciales de las ciudades más grandes del mundo sin su "estructura de plausibilidad," su manera cristiana de entender cómo son y cómo deberían ser las cosas, sin ser asaltado sensorialmente a cada paso. El profesar las verdades del Credo como verdadero – y no sólo como "verdad para mí", sino como la verdad del mundo revelada como tal por la Palabra de Dios que se hizo hombre – es arriesgarse a ser pensado un imbécil. Mantener la moral bíblica como una forma de ordenar las relaciones humanas que son a la vez verdad revelada y verdad cognoscible racionalmente, es exponerse a ser llamado un fanático.

Bajo estas circunstancias, el catolicismo tibio no es una opción, como rendirse al fuego transformador del Espíritu Santo no es una opción.

El catolicismo centrado en la misión es, en muchos aspectos, mucho más exigente que el catolicismo catequístico devocional de la Contrarreforma. Se requiere un mayor esfuerzo por parte de sacerdotes y obispos, religiosos consagrados y los laicos, nadie se pone un pase en las lenguas de fuego. Se requiere de una cultura religiosa más profunda. Tomando un contra-ejemplo, el catolicismo centrado en la misión se nutre, no por las sencillas fórmulas del catecismo para niños, sino por las reflexiones mistagógicas de la antigua *catechesis de Jerusalén*, que invitó a los cristianos a sumergirse profundamente en " los misterios "que son los sacramentos, y a tener la totalidad de la vida de uno formada en ellos. El catolicismo centrado en la misión requiere una generosa entrega de los laicos, que tienen que hacerse tiempo en medio de las prisas de la vida posmoderna para un encuentro más profundo con Cristo que el que permite una hora de adoración semanal. El catolicismo centrado en la misión también requiere un mayor grado de estabilidad de los sacerdotes y obispos, puesto que construir parroquias y diócesis marcadamente orientadas a la misión lleva su tiempo, de la misma forma que se necesita tiempo para fomentar las relaciones necesarias para lo que San Pablo llamó "una manera más excelente" [1 Cor. 12,31] –que ha sido siempre una manera más difícil– para formar y dar frutos en la misión.

El catolicismo centrado en la misión que nace como resultado de la renovación católica de León XIII y sus sucesores requiere más atención a la preparación sacramental y a la disciplina de los sacramentos, ya que será alimentado por los sacramentos de la manera imaginada por el movimiento litúrgico clásico de mediados del siglo XX, que unía la liturgia y el culto a la formación cristiana, a la misión cristiana, y a la obra cristiana para la justicia en el mundo. El catolicismo centrado en la misión requiere mucha más atención a la predicación que la que se encuentra en la mayor parte de la Iglesia en el mundo desarrollado. Porque la misión es alimentada por la Palabra de Dios en las Escrituras, así como también por los sacramentos. Y a su vez, requerirá de una reforma más profunda de reclutamiento para el ministerio sacerdotal y para la formación en el seminario. El catolicismo centrado en la misión necesita que los obispos vuelvan a imaginar sus funciones como instrumentos de unidad en la Iglesia, reconociendo que los obispos sólo pueden ser instrumentos de unidad cuando están ayudando a unir a las almas a la verdad liberadora del Evangelio, que a su vez requiere alejarse de la mentira y el pecado. El catolicismo centrado en la misión requiere también que la Iglesia, en su interrelación con la vida pública, tenga que decir a veces de un modo firme y sin ambigüedades un No rotundo –como el que los obispos alemanes tuvieron que dar durante el *Kulturkampf* de Bismarck (que tuvo a la mitad de ellos encarcelados) , como los obispos de Polonia hicieron en 1953, cuando dijeron "No" a los esfuerzos del comunismo polaco para convertir a la Iglesia en una filial del Grupo (una defensa valiente de la verdad del Evangelio que llevó a prisión a algunos sucesores de los apóstoles), como los obispos de todo el mundo occidental del <sup>siglo</sup> XXI tienen que hacer cuando el Estado usa su autoridad para alterar la naturaleza del matrimonio o declara que clases enteras de seres humanos no deben ser objeto de protección y cuidado.

El catolicismo centrado en la misión construye la comunidad de los fieles, no por el bien de la comunidad, sino en aras de una recepción común de los misterios de la fe, que a su vez se convierten en las fuentes de la gracia desde la cual la comunidad se vuelca a la conversión del mundo. Las lenguas de fuego a partir de las cuales se forma

la Iglesia se convierten así en el fuego de la misión por el que el mundo es abrazado en llamas.

El catolicismo del siglo XXI por lo tanto llama a toda la Iglesia a la santidad por el bien de la misión. El beato John Henry Newman, profeta del catolicismo centrado en la misión, describe claramente el impacto de la santidad de la misión en una homilía reflexiva en 1857 sobre los cristianos que están llamados a la santidad “en el mundo”, por el bien de su conversión: No guardar sus riquezas naturales, sino que los utilizan para la gloria de Dios ... El mundo es para ellos un libro, en el que se dibujan por su propio bien, lo que les interesa de forma natural –sin embargo, por la razón de la gracia que habita dentro de ellos, estudian y conversan con él para la gloria de Dios y la salvación de las almas. Por lo tanto, tienen pensamientos, sentimientos, estados de ánimo, atracciones, simpatías, antipatías hacia otros hombres, y en la medida en que éstos no son pecados, sólo purifican estas propiedades de la naturaleza humana, las santifican y las elevan. Y sólo esto lo hace más elocuente, más poético, más profundo, más intelectual, para poder ser más santo.

### **Creecer y profundizar**

Me podrán objetar que esto es sencillamente demasiado difícil –que la visión de los católicos profundamente convertidos, catequizados a fondo, enriquecidos sacramentalmente y con una clara misión, lanzados al mundo posmoderno, simplemente pide demasiado y que es, por lo tanto, una receta para un nuevo tipo de sectarismo católico: una Iglesia que es más pura, pero más pequeña. El catolicismo centrado en la misión sin duda pide mucho. Pero la fe católica siempre ha crecido gracias a la grandeza de los cristianos, no por los esfuerzos individuales, sino cuando la gracia de Dios y el fuego del Espíritu santo son infundidos en nuestros esfuerzos.

Fue esta clase de fe la que conquistó el mundo pagano y sostuvo a los proto-mártires cuando fueron juzgados. Fue esta clase de fe, alimentada por el enfoque mistagógico de los sacramentos, la que llevó a pescadores y panaderos, en Constantinopla, a debatir sobre la relación de lo divino y lo humano en Cristo Jesús. Y si los comerciantes bizantinos podían debatir la unión hipostática, entonces seguramente los católicos más educados de la historia de la Iglesia pueden, cuando son dirigidos por pastores que son maestros de la predicación, sondaren las profundidades de su confesión semanal dominical que el Señor Jesús es "consustancial con el Padre" y sacar de esa reflexión una nueva visión, energía y pasión por la misión. Es esta clase de fe – profundamente bíblica, ricamente sacramental, una fe en que la presencia divina es una realidad palpable de la vida cotidiana – que ha dado lugar al enorme crecimiento del catolicismo de África, durante los siglos XX y XXI. Millones de africanos han sido extraídos de un mundo de espíritus y poderes y han sido llevados a la verdad del Dios único y verdadero, de su Hijo y del Espíritu Santo.

El catolicismo centrado en la misión que sustenta el crecimiento en el oeste, lo que es posible en medio de lo que, a menudo, parecen las ruinas de los que fue el importante mundo católico.

Las parroquias católicas en los más insólitos lugares (como en Soho, en el West End de Londres, en Greenville, en Carolina del Sur, en el corazón de la American Bible Belt y en el centro de Manhattan), y los ministerios católicos de los campus en lugares tan diversos de Norteamérica como Texas A & M University y Princeton, están surgiendo

porque los sacerdotes predicán el Evangelio sin compromisos, celebran los misterios sacramentales con dignidad y gracia y, por lo tanto, "equipan a los santos" para la misión. Y no es casualidad que estas y otras parroquias y ministerios universitarios estén generando un gran número de vocaciones sacerdotales y religiosas en una temporada, que de otro modo, sería "seca".

Desde Yonkers, Nueva York, a Alma, Michigan, a Nashville, Tennessee, y desde Pluscarden Abbey en las tierras altas de Escocia a la Virgen del Monasterio de la Anunciación de Clear Creek, Oklahoma, las congregaciones religiosas de hombres y mujeres que viven la vida consagrada de acuerdo con el modelo del catolicismo centrado en la misión está creciendo, en un momento en dónde otras órdenes religiosas se están marchitando en la nada debido a su inverosimilitud inherente.

Los seminarios que están formando a los sacerdotes del siglo XXI para el catolicismo centrado en la misión están creciendo (y en algunos casos raros, están completos), mientras que los seminarios que siguen atrapados en las ranuras del "progresismo" o "tradicionalismo" están estancados o mueren poco a poco.

En todo el mundo occidental católico, el catolicismo centrado en la misión inspira la creatividad genuina en la vida intelectual. Y lo hace en gran parte porque la fe se entiende desde el principio como un don precioso, revelado que se aprecia a través de las artes de la razón, en lugar de ser un objeto que se diseña de acuerdo con los cánones post-modernos del escepticismo y la incoherencia.

Incluso, se puede ver el comienzo de un renacimiento católico contracultural en las artes, en la obra de compositores como el británico James MacMillan, los arquitectos estadounidenses como Duncan Stroik, los pintores rusos como de Natalia Tsarkova, los escultores como Doney McManus y Dubarry Daphne y los críticos como Elizabeth Lev, quién vive en Roma.

En estas circunstancias, puede ser tentador citar la famosa observación de GK Chesterton: "el ideal cristiano no ha sido juzgado y hallado falto; se lo ha encontrado difícil y se lo ha dejado de lado." Pero eso sería injusto para aquellos que no han conocido el catolicismo centrado en la misión: quienes han recibido una mala catequesis, a quienes los aburre la liturgia y quienes se encuentran moralmente confundidos. En las primeras décadas del siglo XXI el catolicismo centrado en la misión está saliendo de su primera madurez, después de que le llevara más de un siglo de lucha poder definir el modo de reforma del ser católico en el mundo – una lucha cuyo origen se remonta al Papa León XIII. Cuando se propone el catolicismo centrado en la misión, suele ser adoptado con entusiasmo más que ser rechazado como algo imposible de aceptar. Esa es la experiencia que las parroquias, los ministerios de los campus, de las órdenes religiosas, seminarios y centros de vida intelectual nos han transmitido.

Sin embargo, debe ser propuesto. Hacer dicha propuesta es la tarea de los líderes de la Iglesia – obispos, sacerdotes, religiosos y laicos – en las próximas décadas.